



UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
FACULTAD DE HUMANIDADES
SECCIÓN DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

CURSO 2019 / 2020

Trabajo de Fin de Grado

LAS RELACIONES HISPANO-SOVIÉTICAS (1936-1939)

Trabajo realizado por **Daniel Estévez Pérez**
Dirigido por **Inmaculada Blasco**

Resumen:

El presente TFG desarrolla las relaciones internacionales entre España y la Unión Soviética para el periodo de 1936 a 1939. Se recogen las distintas perspectivas formuladas por la historiografía, combinando las visiones más clásicas de las relaciones internacionales con una perspectiva transnacional, observando la importancia del asociacionismo ideológico y el interés entre individuos o grupos de poder para el establecimiento de unas relaciones diplomáticas oficiales entre ambos países.

Palabras clave: Historia Transnacional, Relaciones internacionales, Guerra Civil, España, URSS, diplomacia.

Abstract:

The present TFG develops the international relations between Spain and the Soviet Union for the period from 1936 to 1939. The different perspectives formulated by historiography are revised, combining the most classic visions of international relations with a transnational perspective, observing the importance of ideological associationism and the interest between individuals or power groups for the establishment of official diplomatic relations between the two countries.

Key words: Transnational history, international relations, Spanish Civil War, Spain, USSR, diplomacy.

Sin embargo, al cabo de mucho tiempo, cuando la gente vuelve su mirada hacia un pasado aterrador y glorioso, después de que los años sangrientos de una época convulsa han pasado a la historia, y ve los túmulos sombríos –monumentos a una obra digna de los dioses–, empieza a creer que entonces sólo hubo titanes, héroes y colosos del espíritu. Pero tampoco hay verdad en esa mirada al pasado tan noble como ingenua.

Vasili Grossman, Por una causa justa.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
LA CUESTIÓN DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN LA HISTORIOGRAFÍA...	8
1. EL ACERCAMIENTO.....	11
1.1 LAS RELACIONES HISPANO-SOVIÉTICAS HASTA 1936.....	11
1.2 AMIGOS DE LA UNIÓN SOVIÉTICA	27
1.3 LAS RELACIONES CON EL KOMINTERN.....	29
2. LA ESTRATEGIA DIPLOMÁTICA	22
2.1 LOS DIPLOMÁTICOS SOVIÉTICOS EN ESPAÑA.....	22
2.2 LOS DIPLOMÁTICOS ESPAÑOLES EN LA URSS.....	27
2.3 EL COMITÉ DE NO INTERVENCIÓN.....	29
3. LA AYUDA MILITAR	32
3.1 LA DECISIÓN DE STALIN Y LA POLÍTICA DE SEGURIDAD.....	32
3.2 LA OPERACIÓN X.....	34
3.3 EL ORO DE MOSCÚ.....	38
CONCLUSIONES.....	41
BIBLIOGRAFÍA.....	43

INTRODUCCIÓN

España y la Unión Soviética, dos estados situados a los extremos geográficos de Europa, pusieron en marcha la maquinaria de las relaciones diplomáticas entre ambas ante las peligrosas águilas sublevadas que empezaban a amenazar la paz mundial. Alemania, en manos de los nacional-socialistas, había fallado las predicciones que hicieron numerosos círculos comunistas europeos como la siguiente pieza que seguiría los pasos del pueblo ruso en 1917. Previamente, en Hungría y Eslovaquia también habían perecido las repúblicas soviéticas. Pese a ello, desde Moscú no se perdía la fe en una revolución internacional y el Komintern siguió trabajando en ello.

España, un país totalmente agrario y alejado de la esfera soviética, presentaba los síntomas de una convulsión social interna: El mismo año que Adolf Hitler era nombrado canciller de la República de Weimar, se producían los sucesos de Casas Viejas. Un año más tarde, la Revolución de Asturias. El coloso soviético, inmerso en las purgas, no ocultó su interés por la España del “cincel y la maza” de Machado. La victoria del Frente Popular supuso un marco ideológico que posibilitó el acercamiento del país soviético que, con el inicio de la sublevación de 1936, llevó al establecimiento de las embajadas y el intercambio de credenciales.

La hipótesis planteada en este Trabajo de Fin de Grado parte de la siguiente pregunta: Si España y la Unión Soviética se habían ignorado desde la Revolución de Octubre, ¿por qué el establecimiento de las relaciones diplomáticas oficiales se efectuó tan rápido cuando estalló la Guerra Civil? Si miramos más allá de la historia política y diplomática podemos observar que grupos sociales o instituciones que existen dentro de un estado, pero que no lo representan como tal, ejercen como protagonistas en las propias relaciones internacionales. La Asociación de Amigos de la Unión Soviética establecida en España desde 1933 o el propio Komintern trabajaron “en la sombra” en pos de acercar ambos pueblos. Esto supuso un progresivo cambio en las relaciones entre los dos países que convirtió a las repúblicas soviéticas en el único aliado de la causa republicana tanto en la Guerra como en el plano internacional, pues los propios socios del Frente Popular francés maniataron cualquier ayuda a la República sumándose al

pacto de No Intervención junto con Gran Bretaña, ante el temor de que el conflicto español fuera la posible chispa que rompería la paz en Europa.

En España, la historiografía sobre las relaciones internacionales se encuentra en una situación de retraso respecto de Europa. Según Pereira (2001), la herencia de la inestabilidad y aislamiento político del siglo XX no ha permitido superar la Historia de la Diplomacia en su totalidad. La apatía de los historiadores por los sucesos que transcendían los límites locales o nacionales, más preocupados por una historia social o política, ha llevado a la Historia de las Relaciones Internacionales a ocupar un lugar secundario. Dicha apatía se empezó a combatir en 1992 con la creación de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales. Esta perseguía el desarrollo de los estudios dentro de este campo así como la coordinación y difusión de los resultados obtenidos. Los trabajos en este ámbito se han caracterizado por una enorme diversidad de enfoques a la hora de aproximarse el investigador al objeto de estudio, con un importante déficit en cuanto a las relaciones culturales, percepción o pensamiento (Juste, 1996).

El objetivo es, a partir de los enfoques más clásicos - encorsetados en una historia nacional, política y diplomática-, abordar las relaciones hispano-soviéticas desde una perspectiva que sume también el análisis de las redes transnacionales. Enfoque este último menos desarrollado dentro de la producción historiográfica. Para ello se han usado básicamente fuentes secundarias, especialmente ensayos, artículos y tesis, con la intención de relacionar la implicación del asociacionismo ideológico e instituciones en el acercamiento diplomático y la relación entre ambos países durante el conflicto. Entre estos, es importante destacar los trabajos de Garrido Caballero (2006), Liñán (2001) y San Román Sevillano (1994) sobre la asociación Amigos de la Unión Soviética (AUS) en su esfuerzo de acercar el país de los soviets a la sociedad española. Obras como las de Moradiellos (2004), Viñas (2006a), Berdah (2010) o Preston y Balfour (2002) han permitido insertar el conflicto civil dentro de las relaciones internacionales de la época, en un marco diplomático encabezado por las potencias europeas del s. XX. Para profundizar en la implicación soviética, la historiografía nos ha brindado muchas posibilidades, desde los más críticos con la República y los soviéticos como Payne (2003) y su discípulo Daniel Kowalsky (2004b), o desde un enfoque más neutral como se refleja en Viñas (2006a) o pro-republicano como han señalado algunos autores a Gabriel Jackson (2010). Pese a que estos tratan la ayuda soviética y su financiación, se ha consultado autores que han profundizado en estas discusiones dentro

de la historiografía como Howson y Moreno Carrillo (2000). No hay que olvidar tampoco la implicación del Komintern y el PCE en la Guerra Civil, para cuyo estudio han sido claves los trabajos de Piamonte (2019), Saña (1972) y Hernández (2010) entre otros.

En este sentido, la metodología aplicada en el presente Trabajo de Fin de Grado se basó en lectura crítica de las obras consultadas, ante la escasez de trabajos bajo el paradigma de la historia transnacional y sin la utilización de fuentes primarias, con la idea de entender las implicaciones diplomáticas oficiales y “no oficiales”. De las actuaciones de sujetos y organizaciones, que trabajaron al margen de toda actividad diplomática oficial, por acercar el pueblo español al soviético, además del papel ejercido por las embajadas y su personal durante el conflicto bélico.

El presente trabajo se encuentra dividido en tres partes: la primera está dedicada a esbozar la implicación que tuvieron grupos sociales, asociaciones e instituciones en el acercamiento de ambos estados así como las relaciones diplomáticas antes del establecimiento de embajadas, un periodo que abarca los años finales de la dictadura de Primo de Rivera hasta los albores de la Guerra Civil en 1936. La segunda parte responde a los movimientos diplomáticos, y no diplomáticos, de las respectivas embajadas además del papel desempeñado por ambos países dentro del Comité de No Intervención, periodo que irá desde 1936 hasta la retirada de la embajada soviética ante la incontenible caída del Gobierno de la República. La tercera y última parte pretende tratar el esfuerzo bélico respecto a ayuda militar y no militar, así como su forma de canalización. En su conjunto, se pretende hacer una revisión de las distintas fases en las que se establecieron las relaciones diplomáticas partiendo de la premisa de que, como ha señalado Garrido (2006), estas se establecen a partir del interés entre individuos o grupos de poder que, con el paso del tiempo, desembocan en la configuración de las relaciones entre pueblos.

LA CUESTIÓN DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN LA HISTORIOGRAFÍA

Las Guerras Mundiales habían conmocionado al planeta. Es en este momento cuando se gesta el marco de estudio de las relaciones internacionales, en pos de evitar más contiendas y a partir de las bases ideológicas del liberalismo (Pereira, 2001). Para el desarrollo de la propia historia de las relaciones internacionales, la publicación de *Introduction à l'histoire des relationsinternationales* por Jean-BaptisteDuroselle y Pierre Renouvin va a ser, según Sanz (2014), el nacimiento de la disciplina bajo la influencia de la escuela de Annales.

El debate dentro de la historia de las relaciones internacionales se ha estructurado a partir de los paradigmas concurrentes dentro de este campo de estudio. En primer lugar tendríamos los *estadocentristas*, que sitúan todo el protagonismo en el Estado y con una visión conflictiva de las relaciones internacionales. Por otro lado, los *globalistas*, quienes bajo una perspectiva del liberalismo occidental, desplazan el punto de mira de los estados a una sociedad internacional sin negar el esquema estatocéntrico. Por último, los *estructuralistas*, influenciados por los teóricos marxistas del imperialismo, se postulan más críticos con los modelos anteriores y pasan a estudiar el sistema capitalista, su evolución y disfuncionalidades, con el objetivo de proponer un sistema alternativo de convivencia internacional. (Pereira, 2001)

Es a partir de los años ochenta, y con la historiografía francesa, que este campo de estudio histórico es desarrollado e impulsado por una amplia labor divulgativa, investigadora y pedagógica, persiguiendo siempre una “historia total”. Los británicos en cambio mantuvieron los postulados estatocéntricos. En Italia va a influir la propia experiencia histórica nacional en la pugna entre la Historia tradicional, muy relacionada con la Historia diplomática, y la influencia de Annales en la Historia total o global. En Alemania se va a producir una transición de la Historia tradicional rankeana a la Historia de las Relaciones Diplomáticas en la década de los sesenta, caracterizada por la influencia de la historia política y especialmente la esbozada por Franz Knipping, respecto a la toma de decisiones por parte de los estados (Pereira, 2001).

Con el surgimiento de las corrientes postpositivistas se va a originar un nuevo debate en la disciplina de las Relaciones internacionales que supuso la apertura de una multiplicidad de perspectivas teóricas (Crescentino y De Lima Grecco, 2018). La influencia de este debate y la historia posnacional han generado un amplio abanico de denominaciones para las aproximaciones historiográficas. Todas desplazan la importancia del ámbito nacional y se diferencian respecto a matices. Tienen en común la idea de que el Estado-nación se ha agotado, pero sin que esto suponga la eliminación de este, y proponen resituar su neutralidad conceptual (Acha, 2014). He aquí donde juega un papel clave la historia transnacional, ya que ha puesto en duda el papel del estado-nación como plasmación por excelencia de las naciones. El estudio de la Historia de las Naciones debe escapar en su forma rígida de las fronteras definidas (Martykánová y Peyrou, 2014).

Como señala Pereira (2001:15) citando a Alfred Zimmern en 1931, pasamos “*del tránsito de un mundo determinado por las relaciones entre Estados hacia un mundo basado en las relaciones entre los pueblos*”. La diferencia entre lo nacional y lo transnacional va a estar en esto último: el estudio de las relaciones que se entablan entre grupos sociales o instituciones que existen dentro de un estado pero que no lo representan como tal, definido por Caroline Nagel como la “globalización desde abajo” (C. Nagel, 2001 citado por Martykánová y Peyrou, 2014:14). El estudio de la historia de las naciones propone un modelo centralista y rígido, ignorando lo que ocurre en las fronteras. En la Historia Transnacional el motor del cambio es la circulación de ideas y personas. Autores como Sven Beckert señala que estudiar las redes comerciales, religiosas, etc. favorecería al historiador que pretenda desarrollar una Historia Global (Ibídem, 2014).

Entre los siglos XVII y XVIII se desarrolló la Historia Nacional Universal bajo el paraguas de la Ilustración que, entrados en el siglo XIX y con el surgimiento de los nacionalismos, dio lugar a la Historia Nacional. La caída de la URSS y la considerada “derrota del comunismo” propagaron las ideas de la globalización, produciéndose entonces el *giro globalizante*, considerado por Omar Acha (2014) como la última crítica a la Historia antes del posnacionalismo. Por ende, la Historia Global y Transnacional tienen un impacto retroactivo en el campo de las Relaciones Internacionales. El paradigma global intenta escribir una historia de los hechos y procesos que ocurren en espacios delimitados como aquellos que trascienden fronteras, propone una visión que vaya más allá de los límites fronterizos (Crescentino y De Lima Grecco, 2018).

En el desarrollo de esta Historia Global y Transnacional se ha añadido el concepto de red, adelantado por William H. McNeill y John R. McNeill en *Las redes humanas. Una historia global del mundo*. Estos escriben, desde la perspectiva de la historiografía global y transnacional, doce mil años de historia en base a la “interconexión, los contactos y las transmisiones, que conceptualizan la noción de red” (Acha, 2014: 138-139), usando este concepto como agente de cambio histórico. Según algunos autores el término red se puede convertir en un concepto general que permita comprender la Historia (Ibídem, 2014). Por el contrario, en el mundo anglófono, la historia transnacional es considerada una subdisciplina flexible, más que un enfoque coherente. Mientras, en Alemania, pretenden ir más allá de la historia comparada y la historia de la recepción, haciendo un esfuerzo en “analizar los procesos históricos fuera de las fronteras convencionales” (Miller, 2014: 103). Entre estos debates, se ha desarrollado una corriente que Nicholas Miller denomina como “supranacional”. Esta usa términos como “internacional”, “global” y “transnacional”, pero partiendo de la idea de que las explicaciones nacionales son insuficientes.

La historia de Europa que reclamaba Marc Bloch basada en una suma de historias nacionales o la Braudel con la Historia del Mediterráneo, ya adelantaba la propuesta del enfoque transnacional desde hace un siglo. Esta última ha inspirado al desarrollo de la historia del Atlántico y los estudios de área, que según Miller, están relacionados con la historia transnacional de manera que les une lo supranacional pero los divide el ámbito espacial. Pues su contexto de análisis surge por los flujos migratorios o las relaciones entre organismos no-estatales, mientras que los estudios de área se basan en un espacio común que une intereses de varias regiones.

La Historia Transnacional tiene unos límites poco definidos, algunos abogan por unos horizontes más restringidos y un mayor interés por la interconectividad. Las prácticas historiográficas han llevado al debate de los métodos y conceptos de este nuevo campo. Para un alcance transhistórico se necesita primero realizar una crítica al concepto de historia sin ser historicistas. Si no se hace esto la “transhistoria” solo será una especialidad más. Ante esta situación, Omar Acha (2014: 144) propone revisar críticamente el concepto de historia: “*Estos tiempos en que florecen las propuestas de historiografías posnacionales son los que requieren con mayor urgencia una nueva crítica del concepto de historia*”.

1. EL ACERCAMIENTO

1.1 Las Relaciones Hispano-Soviéticas hasta 1936

Rusia, antes de la Revolución de Octubre, era un imperio que ocupaba enormes extensiones y aglutinaba distintas etnias bajo un mismo monarca, el Zar. Sus gigantescas posesiones abrazaban de norte a sur desde Finlandia pasando por Ucrania hasta Turkmenistán. De oeste a este, de Bielorrusia hasta las aguas del Pacífico cercanas a Japón. Otro imperio, que presentaba signos de descomposición desde 1898, era España a 2,778 kilómetros de las fronteras rusas.

Las relaciones entre el gigante ruso y España, previas a la Revolución de Octubre, no han sido una temática muy estudiada por la historiografía. Según Pereira (1993), las relaciones entre ambos países, en las esquinas de Europa, nunca fueron muy intensas. Hasta 1917 no había prácticamente ningún contacto excepto algunos acuerdos bilaterales. No obstante, las relaciones entre España y Rusia no parecen tan difusas cuanto más nos retraemos en el tiempo. Según afirma Garrido (2006), los contactos entre ambos países se iniciaron tenuemente sobre el siglo XV, y se tornaron de carácter oficial a partir del XVII hasta principios del siglo XIX, cuando se rompieron definitivamente.

A partir de “los diez días que estremecieron al mundo”, como llamó John Reed a la Revolución de Octubre de 1917 en su famoso libro, España, al igual que el resto de países, cerró su embajada (Kowalsky, 2004b). De acuerdo con otros autores, Pereira (1993) señala de “inexistentes” las relaciones entre España y la URSS después de la Revolución. A diferencia de otros países, el Gobierno es más conservador y miedoso de esta revolución que amenazaba con expandirse. Aún así, el interés que suscitó, especialmente en partidos de izquierda, llevó a lo que se podría considerar como los primeros tímidos contactos entre ambas sociedades: el interés de la prensa, derivado del interés por la Revolución, supuso el envío de corresponsales como Andreu Nin o Álvarez del Vayo que recogieron, de primera mano, la información del experimento soviético (Garrido, 2009).

Pese a esta nueva ruptura diplomática, Pereira (1993) reconoce la presencia de un embajador ruso en Madrid, “el príncipe Kondacheff”, y un representante español en

la Rusia bolchevique, Fernando Gómez Contreras, quienes intentaron llevar a cabo la intención de Alfonso XIII de traer la familia imperial a España. Obviamente, sin ningún éxito. Estos sujetos y sus actuaciones no aparecen mencionados en ninguno de los otros trabajos consultados. De lo que sí hay una evidencia constatada por toda la historiografía es que la Revolución Rusa fue clave en la radicalización de los movimientos obreros y campesinos que dio paso, entre 1918 y 1921, al denominado Trienio Bolchevique (Garrido, 2008).

La política exterior soviética en los primeros años de su creación, basada en el recelo y la belicosidad con las potencias capitalistas, dio paso paulatinamente a retomar las relaciones diplomáticas con Occidente (Kowalsky, 2019). España, según Garrido (2006) y Kowalsky (2019), no fue el mejor escenario para los diplomáticos soviéticos. Durante la dictadura primorriverista no dudaron en acercarse, pero estos intentos fueron rechazados, a veces de manera un poco hostil, por el Gobierno del Militar. Ante las necesidades, sobre todo del barato petróleo soviético, Primo de Rivera se vio empujado a realizar un limitado tratado comercial, siendo este la única relación entre ambos países antes de la llegada de la República (Kowalsky, 2004b).

El distanciamiento se mantendrá en relaciones formales hasta la llegada de la República. Según apuntan distintos autores, es durante esta época cuando los soviéticos empiezan a usar otras vías, por ejemplo Pereira (1993), atribuye un papel clave del Partido Comunista Español (PCE) en congresos y periódicos a favor del reconocimiento de la URSS. Otra de las armas usadas por los soviéticos, según Martínez Molinos y Viñas (2006a), fue la política petrolífera. El crudo les había permitido realizar campañas para el reconocimiento internacional. Garrido (2006) señalan que, durante el gobierno de Azaña en 1932 el Ministerio de Hacienda ya se había suscrito a un contrato de petróleo con la URSS y se planteaba uno de carácter comercial pero, desaconsejados por los embajadores de las legaciones cercanas al país soviético, no se realizó.

Es durante el Bienio Reformista cuando se produce un tímido acercamiento. Con el nombramiento de Fernando de los Ríos, gran admirador de la Unión Soviética, como ministro de Asuntos Exteriores se inician los acercamientos verdaderamente interesados por ambas partes, y en julio de 1933 Madrid reconocía el gobierno de Moscú de *iure* y de *facto* (Kowalsky, 2004b). Tal y como ha afirmado Viñas (2006a), ese mismo año, se van a intercambiar correspondencia eliminando las diferencias entre ambos países. Anatoly Lunacharski era el elegido por Moscú como embajador, mientras Álvarez del Vayo lo sería por Madrid. Este hecho también lo sostiene Garrido (2006) y Kowalsky

(2004b) quienes sitúan dicho intento de establecer embajadas en julio de 1933, pero el fallecimiento de Lunacharski y la caída de Azaña llevó a que tampoco Álvarez del Vayo fuera enviado a Moscú. No obstante, Garrido señala que esto no frenó los contactos que mantuvieron ambos países.

Bajo el Gobierno de Lerroux se volvieron a plantear dificultades que dilataron el intercambio de embajadores, especialmente a partir de la actuación del Gobierno Radical-Cedista en la Revolución de Asturias que imposibilitó un acercamiento por parte de los soviéticos (Kowalsky, 2004b; Viñas, 2006a). A diferencia de estos, Pereira (1993) atribuye el enfriamiento de las relaciones a los dirigentes españoles, y no por la actitud desaprobadora de los soviéticos de la represión ejercida durante la revolución. Además, señala que el mismo año de la revolución, 1934, los intentos de renovar los acuerdos del petróleo por parte del gobierno soviético y del republicano fracasaron por la exigencia de los primeros en el establecimiento de embajadas. Respecto a este hecho, podría deberse a la postura de la derecha española, que mantenía una visión de las relaciones internacionales muy similar a la época monárquica: el establecimiento de una embajada en Madrid daría alas a los comunistas (Viñas, 2006a).

Desde la historiografía se ha afirmado que España para la URSS era insignificante, fuera de los intereses de la política exterior. Sin embargo, el Komintern informaba a Moscú, mediante sus asesores y miembros en suelo español, de la actualidad española. Estos arrojaban una “visión optimista” de España como último eslabón capitalista (Viñas, 2006a). Desde los estudios de la política exterior soviética, como los realizados por Kowalsky (2019), la llegada al poder de Stalin marcó una inclinación a centrarse en la política interior hasta 1933. A partir de 1935, después del VII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (KPSS), es cuando los soviéticos intervienen más en asuntos exteriores.

Quizás esto podría explicar el giro brusco que se produce en 1936, cuando el recién elegido presidente del Gobierno, José Giral, anunció que la institución de relaciones diplomáticas con la URSS eran una prioridad (Garrido, 2008). Liñán (2003) sitúa el inicio de conversaciones previas a las conversaciones formales entre los representantes de ambos de países ante la Sociedad de Naciones: Vladímir Potiomkin y Salvador de Madariaga.

Los soviéticos no escatimaron en vías para conseguir el reconocimiento y establecer embajada en España. Con la Revolución de Asturias, los periódicos soviéticos no dudaron en cubrir los hechos. Se desarrollaron recolectas, y se recibieron a

los obreros exiliados por mediación del Socorro Rojo Internacional (SRI). A su vuelta, con la amnistía del Frente Popular, los emigrados españoles realizaron una declaración conjunta en la que “*prometían servir a la Unión Soviética, a la Internacional Comunista y a la unidad obrera en España*” (Garrido, 2008: 38).

Por otro lado, con la creación de los Amigos de la Unión Soviética (AUS) se inició una campaña propagandística mostrando los avances que realizaba la URSS para concienciar a la población y conseguir así el establecimiento de relaciones diplomáticas sólidas. En este sentido hay un cierto consenso entre los historiadores (Garrido, 2008; Kowalsky, 2004b; Pereira, 1993; Viñas, 2006a) que desarrollaremos en los siguientes apartados, sumado también la actividad del PCE y el Komintern como tercera vía de presión para el establecimiento de las ansiadas embajadas.

No será hasta agosto de 1936, con la Guerra Civil ya empezada, cuando el personal diplomático de la embajada soviética en Madrid pise suelo español. Hasta ese instante, las relaciones entre la URSS y España, previo al establecimiento de embajadas, fueron de tipo no oficial, desarrolladas por sujetos u organizaciones que no representaban oficialmente a ambos estados (Garrido, 2008). Quizás esto se deba a que España no giraba entre los rectores de la política exterior y seguridad soviética. El Komintern, en cambio, sí tenía agentes en Madrid desde hacía años (Viñas, 2006a). Pero va a ser justamente esta política exterior y de seguridad la que, a partir del ascenso de los fascismos en Alemania y en Italia, como muchos autores han indicado, llevó a los soviéticos a cortejar a las potencias occidentales con el fin de crear una alianza antifascista. Por ello diseñaron una estrategia política para los partidos que seguían la línea soviética: El Frente Popular. El enemigo número uno del comunismo ya no era el capitalismo.

1.2 Amigos de la Unión Soviética

En general, pese a las innumerables referencias hechas a la actividad de esta peculiar asociación, no abunda bibliografía sobre el tema y básicamente, a excepción de breves menciones en artículos que no tratan el tema concretamente, la mayor aportación han sido las realizadas por Garrido (2006, 2009) y Liñán (2001, 2003) y por San Román Sevillano en *Los Amigos De La Unión Soviética (AUS): Propaganda Política En España (1933-1938)*.

La perspectiva, sobre la que Garrido ha trabajado las AUS, ha sido desde la cultura como “*factor de interconexión entre dos países y como vehículo de ideas políticas y de difusión del modelo soviético en la década de los treinta*” (2006: 194). Y es que estas asociaciones fueron claves no sólo como lugares donde expandir los logros soviéticos, sino acercando dos sociedades que parecían ignorarse. Durante la Revolución de Asturias, La URSS tuvo un papel de solidaridad con los obreros españoles exiliados por la revolución de 1934. Muchos fueron acogidos y se les dio trabajo en las fábricas. Estos enviaban correspondencia con sus distintas valoraciones que luego la propia asociación difundía por el territorio nacional Español (Garrido, 2008).

Los contactos interculturales eran previos a la AUS, según las “fuentes rusas” consultadas por Garrido (2006). Los españoles, desde la Revolución de Octubre, tenían un gran interés en la vida de los soviéticos que, por medio de correspondencia, la Sociedad Nacional de Cooperación Cultural con el Extranjero de la URSS (VOKS) intentaba saciar. También solicitaban publicaciones y material cinematográfico soviético, que era intercambiado por material producido en España (Garrido, 2008). No sería descabellado afirmar que los primeros contactos con el mundo soviético fueron de tipo cultural, siendo la URSS un sujeto pasivo (Garrido, 2008).

Los AUS es parte de un proyecto mundial generado a partir del interés que suscitó la Revolución en intelectuales y obreros. Sus inicios se sitúan en 1927, cuando se celebró un congreso mundial por la defensa y la propagación de los logros soviéticos. Su implantación fue a nivel internacional, pero en España la dictadura de Primo de Rivera fue un impedimento para crear una sección (Garrido, 2006; 2009). No obstante, para Liñán (2001), la llegada de la República no significó la legalización de sus actividades. Su creación en España coincidió con el Bienio Derechista, de forma que sus actividades fueron clandestinas, para luego resurgir con el Frente Popular.

En algo en que sí coinciden ambos autores es que la organización nació sin afiliación política. Estuvieron compuestos por una masa heterogénea, no sólo comunistas, sino aquellos que defendían la causa socialista. Entre los intelectuales que apoyaron su fundación encontramos personajes no comunistas como Gregorio Marañón, Victoria Kent, Valle Inclán,... Además, pretendían captar especialmente al proletariado industrial y las clases medias (Liñán, 2001; Garrido, 2008). Respecto a su actividad durante el periodo de preguerra, Liñán (2001) la denomina de “modesta”, especialmente durante el gobierno de la CEDA. Además su mayor impacto fue en las grandes ciudades

de Madrid y Barcelona junto con Valencia. Será a partir de 1936, especialmente durante la Guerra Civil, cuando aumente su actividad (Garrido, 2008; 2009).

Tanto la AUS como la Asociación Española para las Relaciones Culturales con la URSS (AERCU) estaban controladas por el VOKS y el Komintern. Pero estas relaciones, señala Garrido (2006), fueron relaciones recíprocas alejadas de la interferencia soviética, quienes, más que tener interés por controlar, pretendían difundir el ideario comunista. Liñán (2001) en cambio, considera que la función de la AUS estaba más bien encaminada a la implantación de un régimen satélite soviético en España. Igualmente, la creación de esta asociación fue un mecanismo perfecto para la difusión de la propaganda soviética en España coordinado por el VOKS (Garrido, 2006). Liñán destaca el papel de esta asociación como unos de los canales de propaganda más importantes. La AUS, en palabras del autor *“tendrían como misión fomentar corrientes de opinión favorables a la Unión Soviética. Se trataba de hacer a la Revolución Rusa causa común del proletariado mundial”* (2003: 67).

La asociación según Garrido *“actuó como un vehículo de transmisión más allá de lo cultural, enfocando las luces del modelo soviético pero no sus sombras”* (2006: 193). Esta fue la única vía de comunicación y contacto entre España y la URSS antes del establecimiento de relaciones diplomáticas. Era la “otra vía” para impulsar las relaciones internacionales a la hora de acercar la opinión pública a la esfera soviética y así ejercer presión. Liñán (2001) en cambio, y coincidiendo con San Román Sevillano, considera que los AUS no tuvieron un papel relevante en el acercamiento de la opinión pública favorable a la Unión Soviética desde el 24 de abril de 1933, fecha de su creación, hasta el inicio de la Guerra Civil, por lo que su actividad de “segunda vía” sería testimonial (Liñán, 2003).

1.3 Las relaciones con el Komintern

El PCE desde su fundación hasta 1930 era más una organización sectaria que un partido político. Un partido especialmente débil -sus miembros no alcanzaban el millar- que se enfrentaba a buques insignias del movimiento obrero español como el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y su sindicato, la Unión General de Trabajadores (UGT), y la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y la Federación Anarquista Ibérica (FAI) (Kowalsky, 2004b; Fernández, 1999). Payne (2003) es más contundente: tilda de *“fracaso absoluto”* la actividad de los comunistas españoles en sus primeros años, quienes se basaron en “guerracivilismo” como política junto con la prohibición de

realizar alianzas con otros partidos. Su discípulo, Kowalsky (2004b), considera que este sectarismo se debe a la estrategia seguida por la Internacional Comunista (IC) o Komintern hasta 1935. A lo que Garrido (2006) suma que la actuación del PCE estuvo limitada a situaciones legales, semilegales y clandestinas, por la ley de Defensa de la República de 1931 y la ley de Orden público de 1933, que les restringía libertades y derechos.

Más debate ha generado el interés del Komintern en España previo al desarrollo de las relaciones oficiales. Según Elorza (2015), para Stalin era un escenario de segundo orden. La información sobre España que tenía la IC no era tan exacta en comparación con Francia y Alemania. Por el contrario, Payne (2003) afirma que el Komintern sí consideraba España un escenario importante para desarrollar nuevas tácticas, y por ello subvencionó campañas masivas de propaganda. Línea que también apoya Viñas (2006a), quien ha trabajado sobre informes realizados por representantes del Komintern en Madrid y que enviaban al Politburó. Es más, los informes arrojaban una visión optimista de España como último eslabón capitalista.

La aportación realizada por Garrido (2006) puede resultar más reveladora: España contaba con legaciones en el extranjero, las embajadas de los países cercanos a la URSS servían para captar información de la política soviética y el *modus operandi* del Komintern. En un informe del embajador español en Tallín, sobre las actividades de esta organización en Europa (Ibídem, pág. 40, citando a AMAE. Legr. 1983, exp. 1. Propaganda soviética. El cónsul de la nación de Tallin. Sección Política. Despacho nº 43. Tallin, 27 de octubre de 1931.), se señala que en octubre de 1931 el Komintern preparaba un programa revolucionario donde Polonia, Hungría y la Península Ibérica eran sus protagonistas. Se habían investido “agitadores rusos” -entiéndase asesores- con máximas atribuciones, estos debían disciplinar a los Partidos Comunistas y liquidar la oposición trotskista. Los agitadores llegarían como miembros de legaciones y agencias comerciales. Además, añade un telegrama inserto en un periódico local que subraya el interés soviético de desarrollar la revolución en España, ante la agitación, y especialmente la llegada a Moscú de comunistas españoles.

Para Kowalsky (2004b), si la Internacional Comunista no había albergado muchas esperanzas en la Península Ibérica como una región importante, la llegada de la República produce un debate en el seno del PCE y la IC: los comunistas debatían si debían iniciar una revolución o bien esperar a que España pasara a una fase de capitalismo financiero. Los dirigentes del momento del PCE defendieron la postura de

esperar mientras desde la Internacional, controlada por la URSS, se les aconsejaba que iniciaran hostigamientos a la República. La cúpula del PCE desoyó y, en lo que Kowalsky considera una muestra de fuerza por parte del Kremlin, los máximos dirigentes del PCE fueron sustituidos por personas instruidas en la Escuela Lenin. Esta tesis del férreo control kominteriano, es también defendida por Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo en *Queridos camaradas: la Internacional comunista y España, 1919-1939*, como señala Fernández (1999). Al negarse Bullejos a cambiar de estrategia, su expulsión del partido no se debió al fracaso de la estrategia sectaria de la IV Internacional, sino por el enfrentamiento ante sus superiores, quedando de manifiesto el control de la IC sobre el PCE. Por el contrario, Piamonte (2019) sugiere que la salida del antiguo cuerpo del PCE se debió simplemente al cambio de estrategia. Pozharskaya (2003) y Liñán (2003), en una misma línea, consideran que después de la celebración del VII Congreso de la Internacional, la actuación encomendada desde Moscú se limitó al envío de asesores como Codovilla en Madrid o el húngaro Erno Gëro en Cataluña, ya que la influencia del PCE no era suficiente como para generar una situación revolucionaria en España

Según Elorza y Bizcarrondo (1999), el delegado en la IC se convertía en el máximo dirigente del partido, por lo que el argentino Vitorio Codovilla, en teoría interlocutor entre el PCE y la Internacional, estaba por encima de José Díaz y Dolores Ibárruri en jerarquía del PCE. Este argumento también es sostenido por otros autores como Kowalsky (2004b), al que Elorza (2015) añade que la gran capacidad de Codovilla de manejar al PCE a su antojo, encargado de redactar los informes enviados al Komintern, se debía al poco interés de la IC en España.

La actuación de los asesores, según Liñán (2003), era la de imprimir la disciplina kominteriana, influyendo en decisiones de partido y en el propio programa además de “*aglutinar en su seno a los grupos comunistas y extender la revolución socialista al resto de Europa para romper con la II Internacional tanto en el ámbito estratégico como orgánico*” (Garrido, 2009: 59). La estrategia del Komintern por entonces era clara y básica: marcar las líneas de actuación que debían seguir las direcciones de los partidos comunistas, extendiendo el modelo de organización bolchevique.

Los resultados de estas actuaciones han tenido un cierto consenso en los postulados de la historiografía. Piemonte considera que la preponderancia que tuvo el PCE se debió a la reorganización y disciplinamiento llevado por Vitorio Codovilla. Este imprimió una “*centralización verticalista supeditada a Moscú y contraria a toda*

posibilidad de expresión disidente” (2019: 2) que ya se había aplicado en el Partido Comunista Argentino. En una misma línea, Liñán señala que el nuevo buró político permitió ganar influencia en la vida política. No obstante, otros autores achacan la progresiva influencia a la nueva estrategia de la IC a partir de 1935: el frentepopulismo.

Entre 1934-1935 se produce un cambio en las estrategias seguidas por la Internacional: Se dejan las tácticas sectarias y se aboga por la creación de un Frente Popular con todos los partidos democráticos burgueses, obreros y comunistas. El PCE da un giro en su política, pasando del sectarismo y la “clase contra clase” a la unión con la socialdemocracias y otros partidos de izquierdas bajo un frente común (Kowalsky, 2004b; Piemonte, 2019). Según algunos historiadores, el cambio se debe a una “triple interacción” (Kowalsky, 2004b): en primer lugar, la estrategia seguida por el Partido Comunista Alemán (KPD) no pudo frenar el ascenso del nazismo (Kowalsky, 2004b, 2019; Elorza, 2015; Viñas, 2006a; Jackson, 2010). En segundo lugar, por el ascenso de nuevas personalidades dentro de la Internacional que facilitaron estos cambios (Kowalsky, 2004b). Y por último, el cambio de estrategia encajaba en las nuevas necesidades de la política exterior soviética necesitada de alianzas con las democracias occidentales (Kowalsky, 2004b, 2019; Elorza, 2015; Viñas, 2006b; Jackson, 2010).

El fracaso de la estrategia de clase contra clase, provocó que la única salida que le quedó a los partidos comunistas, ante el apogeo de los fascismos, pasaba por unirse con la socialdemocracia (Elorza, 2015). Para Payne (2003), el cambio fue de “táctica” y no de estrategia, el fin era el mismo: crear una república únicamente formada por partidos de izquierda, en un paso intermedio entre la república burguesa y la dictadura del proletariado. Viñas (2006a) en cambio, considera que a partir de 1935 los comunistas de la Internacional entendieron que se enfrentaban a peligros que no podían combatir solo con sus propias fuerzas, por ello pasaron a la estrategia de buscar aliados, cuyos éxitos en Francia, España y Chile serían indiscutibles. Esta nueva estrategia dejaba la improvisación en manos de los partidos comunistas. Lo importante era frenar los fascismos, sin enemistarse con las democracias occidentales y evitar una nueva guerra. Pese a lo que otros autores han afirmado, Viñas (2006a) señala que Moscú no siempre conseguía que el Komintern acatará las tácticas y estrategias marcadas, pero esta vez la estrategia del IC se alineó con la política exterior soviética.

En España las teorías frentepopulistas no se desarrollan con la entrada de Ibárruri y Díaz en la dirección del partido. Después de la expulsión de Bullejos, se mantuvo la estrategia de “clase contra clase” hasta mediados de 1934 cuando desde

Moscú se dan indicaciones de una nueva estrategia basada en buscar una alianza con el PSOE para erosionarlo poco a poco (Fernández, 1999). Elorza y Bizcarrondo entienden este giro como un intento del PCE por monopolizar el poder bajo la unión con el PSOE. Una tesis también defendida por Payne (2003), que considera que los comunistas podían controlar a los socialistas cada vez más divididos. El PCE en las elecciones de 1935 se presentó, junto con una coalición de socialistas y republicanos de izquierdas, bajo el denominado Frente Popular. Este impulso se debió al ejemplo de Francia, donde se había formado *Front Populaire* en 1935, que tuvo gran peso e influencia sobre los políticos españoles (Jackson, 2010). Piemonte (2019) sitúa al PCE como protagonista en los diálogos para la unión del Frente Popular. Pero realmente, adelanta, no había una unión solidaria entre estos partidos, sino una pugna interior por la hegemonía dentro de este, como también señaló Julio Aróstegui en “Los dos Estados” (1986, *Historia 16. La Guerra Civil*, Vol. 11, pp. 6-59).

Con el golpe de estado de julio, la IC va a presionar al PCE para evitar aventuras revolucionarias y mantener el compromiso democrático comunista centrando todo el esfuerzo en la guerra, intentando frenar todo impulso revolucionario de anarquistas y socialistas (Fernández, 1999). Según las comunicaciones del Komintern con el PCE, cuanto más tensa estaba la situación en España se le exigió al PCE que mantuviera las filas del Frente Popular y que actuara para contrarrestar el fascismo, pese al escaso poder para influenciar al gobierno republicano que los comunistas tenían en los primeros momentos de la sublevación (Pozharskaya, 2003; Viñas, 2006a). Payne, que normalmente se suele situar más crítico con los comunistas, señala que Moscú envió instrucciones al PCE para que subordinase los intereses políticos al apoyo del Gobierno, dando prioridad al uso legal del poder y no a la revolución. Pero añade, además, que también dio instrucciones de eliminar los partidos de derechas y sus fuerzas, sirviéndose de las leyes. Culpa a los comunistas de la progresiva polarización de España, lo que poco a poco llevaría a la guerra (Payne, 2003).

Como ha afirmado Viñas, el Komintern fue utilizado como “*un mero instrumento de diplomacia paralela*” (2006a: 125). Desde los primeros días del alzamiento, los soviéticos rápidamente contactaron con sus asesores en suelo español para que les informasen detalladamente de la situación (Pozharskaya, 2003). Debemos tener en cuenta que la llegada de personal diplomático oficial no produjo hasta agosto de 1936, por lo que previo a estas, los asesores del Komintern hicieron de los ojos y los oídos del

Kremlin en España. Fue también la IC, quien primero se comprometió a asistir a la República, determinándose la creación de un fondo de un millón de francos, siendo recaudada la mayor parte de la suma por los sindicatos de la URSS a partir del Profintern o ISR, y que serían entregados a los líderes del PCE y a los dos miembros de la Internacional en suelo español: Codovilla y Erno Gëro. (Pozharskaya, 2003). A esto se sumó posteriormente la ayuda material soviética, otra de las causas del crecimiento político del PCE (Piamonte, 2019).

LA ESTRATEGIA DIPLOMÁTICA

2.1 Los diplomáticos soviéticos en España

La Guerra pilló por sorpresa a la URSS. Los soviéticos se mostraron recelosos y conservadores sobre una posible intervención en España (Farràs, 2012; Pereira, 1993). Entre los cronistas de la Guerra pro-soviéticos siempre se ha afirmado que tanto el Gobierno como el pueblo soviético se pusieron desde el primer instante del lado de la República. Para Kowalsky (2004b) la realidad dista de los hechos, ya que los soviéticos no se iban a lanzar a la ayuda militar de un país con el que ni siquiera habían intercambiado embajadores. Además, desde Moscú, se temía que la intervención pudiera levantar hostilidades en Alemania e Italia o que afectara al acercamiento con las potencias occidentales (Pereira, 1993; Kowalsky, 2004b).

Según Farràs (2012) y Kowalsky (2019), en las semanas posteriores a la sublevación, la actividad se limitó a la recopilación de informes y datos por parte de los asesores del Komintern y de diplomáticos occidentales de Europa. Esta cautela previa puede deberse al complicado y diverso entramado de las relaciones internacionales soviéticas. Como ha señalado Olga Novikova (2008), para 1936-1939, eran cuatro instituciones las que se encargaban de la política exterior soviética: el VOKS, el Komintern, el Comisariado del Comercio Exterior y el Buro político del Partido Comunista. A estas se le sumaban lo que denomina como “agentes de influencia”, especialmente miembros importantes en los círculos intelectuales de la URSS y Occidente. Otros autores, como Viñas (2006a), no descartan agentes secretos antes del estallido del conflicto. Aunque, pese a ello, considera que la presencia soviética de preguerra parece ser difusa, reforzándose a partir de agosto de 1936.

El 3 de agosto se puso en marcha una campaña internacional de propaganda a favor de la República. Según Kowalsky (2004a) este compromiso se deriva de un interés por parte del Kremlin de atraer a la República a la órbita soviética. Para Farràs (2012), entre otros autores, la cada vez más sincera implicación soviética se debe a la evolución del conflicto y a la continua ayuda de la Alemania nazi y la Italia fascista. El

establecimiento de embajadas, en sus propias palabras, se debe a querer “*estar perfectamente informado de qué y cuándo sucedía en España*” y así poder “*incidir de forma efectiva sobre el territorio republicano*” (2012: 173). De igual manera, ambos autores coinciden en que el envío de periodistas, como Mijaíl Koltsov, Ilya Ehrenburg, Roman Karmen y Boris Makaseev, a España para cubrir la guerra desde el bando republicano servirían tanto para informar en suelo soviético como para la campaña de propaganda desarrollada por el Komintern a fin de aumentar la ayuda humanitaria y más tarde para impulsar el alistamiento en las Brigadas Internacionales.

Esta avanzadilla de periodistas, previo al establecimiento de las relaciones diplomáticas oficiales, ha sido un tema muy debatido dentro de la historiografía, especialmente por la implicación que tuvieron luego en la Guerra y el verdadero interés por el que fueron enviados. Entre el cuerpo total de corresponsales, debemos destacar dos particularmente. En primer lugar, Mijaíl Koltsov, quien el 6 de agosto de 1936 viajó a Francia para entrevistarse con Francisco Giral, hijo del entonces presidente del Consejo de Ministros. Según Novilkova (2008) y Viñas (2006a), durante la entrevista, Giral hijo pidió a Koltsov que informara a Moscú de la necesidad de personal y armamento, consciente de la capacidad que tenía el periodista de transmitir información a la cúspide soviética, no como reportero, sino como sujeto de confianza del Kremlin. Liñán (2003) apunta que, según las tesis de algunos historiadores y lo afirmado por los contemporáneos al periodista, Koltsov era el hombre a pie de campo de Stalin. No obstante, afirma que esto no ha podido corroborarse en la documentación soviética, aunque no descarta que su presencia en España fuera algo más que la de un simple corresponsal. No se posiciona, como sí lo hace Novikova (2008), sobre su implicación en Paracuellos o su papel en la Defensa de Madrid.

Mientras el 29 de agosto, Marcel Rosenberg, primer embajador soviético en España, mostraba sus credenciales a Azaña, las autoridades soviéticas “se vieron forzadas” a enviar otro periodista, Ilyá Ehrenburg, a Barcelona (Farrás, 2012). Según ha señalado el autor, esto se debió a la realidad catalana, que sintetiza en tres puntos: “*gobierno autonómico, la fuerte presencia del factor nacional catalán y la hegemonía anarco-sindicalista en muchos pueblos y ciudades catalanas*” (Farrás, 2012: 174). Consciente o no de esta realidad, Ehrenburg jugó un papel primordial en dos aspectos: en primer lugar, los informes que transmitía el periodista a Madrid, y que luego eran enviados a Moscú, insistían en la necesidad de establecer una legación diplomática en la Ciudad Condal que finalmente se materializó con el envío de Antonov-Ovseenko como

cónsul (Farràs, 2012; Novikova, 2008; Liñán, 2003). En este aspecto parece haber un gran consenso en la historiografía. En segundo lugar, la relación con los anarquistas ha sido una cuestión más debatida. Según Novikova (2008) y Liñán (2003), Ehrenburg fue una pieza clave para establecer relaciones con los anarquistas, a diferencia de lo expuesto por Ronald Radosh, Robert Habeck y Grigory Sevostianov (en *España traicionada. Stalin y la Guerra Civil*, Barcelona, Planeta, 2002, pp. 60-67, doc. 11-13.) en la que el corresponsal, como otros soviéticos, mantenían una guerra abierta contra los anarquistas.

Igualmente, estos periodistas, que aparentemente no tenían una relación directa con el cuerpo político y militar soviético, desarrollaron una verdadera actividad que iba más allá del simple periodismo como señala Novikova (2008). Para algunos autores, este personal enviado, que según los propios y la historiografía rusa anterior a 1991 han sostenido que fueron como “voluntarios”, eran parte de la rígida organización soviética y por ello representantes oficiales del régimen (Kowalsky, 2004a). No obstante, sigue existiendo cierta duda sobre esto, desmarcándose algunos sobre una implicación de Koltsov y de Ehrenburg como parte del NKVD (Farràs, 2012; Novikova, 2008; Liñán, 2003). A este primer paso de toma de contacto, le siguió una segunda etapa de creciente implicación. Si entre 1917 a 1936 España y la URSS no habían podido llegar a un acuerdo para establecer embajadas, sí lo hicieron en menos de un mes después de estallada la guerra. La designación de un embajador para Madrid, Marcel Rosenberg (21 agosto de 1936), fue acompañada de una amplia legación de personal diplomático (agregados militares, comerciales...) junto con corresponsales y cineastas que recogían la actualidad de las acciones de los embajadores y del conflicto (Kowalsky, 2004b). La elección de los veteranos y prestigiosos embajadores pretendía demostrar el claro compromiso con la República (Viñas, 2006b).

La decisión de nombrar a Rosenberg no fue “desafortunada”, teniendo en cuenta su experiencia en París y en la Sociedad de Naciones. Los soviéticos no querían cometer errores de bulto (Kowalsky, 2004b; Viñas, 2006b; Pereira, 1993). Pese a ello, prácticamente toda la historiografía ha coincidido en que el nuevo embajador tuvo un comportamiento poco diplomático, que le llevó a inmiscuirse en los asuntos bélicos y la política interna de la República según Kowalsky (2004b). Rosenberg, con un pasado donde había ocupado grandes cargos, se ganó cierta animadversión dentro del gobierno de la República por su estilo directo pese a su contradictoria afirmación de no intervención o intromisión en los asuntos españoles en el discurso de presentación de

credenciales (Kowalsky, 2004b; Liñán, 2003). No obstante, algunos autores han rescatado de la documentación soviética las reprimendas que sufrió desde Moscú ante su actitud en los asuntos españoles, actuaciones que no tuvieron el respaldo del Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores (NKID) y que eran justo lo contrario de lo que se le había ordenado (Liñán, 2003; Viñas, 2006a). No había pasado un año cuando Rosenberg sería sustituido por su intromisión en la vida política española (Pereira, 1993), aunque para Kowalsky (2004b) su vuelta a Moscú se debe a las *purgas*, pues acabaría pereciendo por su pasado trotskista. Su sucesor sería el encargado de negocios: León Gaikis. Las órdenes para este son, según el propio Kowalsky, evitar entrometerse en asuntos gubernamentales y militares. Dos meses después Gaikis vuelve a Moscú para ser también purgado. En este periodo, el único autor consultado que ha tratado el tema ha sido el mismo Kowalsky (2004b). Este señala que, durante los veintidós meses siguientes de contienda, no se va a nombrar ningún embajador *de iure*, pero según Araquistáin, Serguei Marchenko era la figura *de facto*.

La realidad catalana tenía dos frentes importantes que son recogidos en los informes de Ehrenburg: Las diferencias entre el Gobierno de la República y la Generalitat, y las luchas de poder entre esta y los anarquistas (Farràs, 2012). La historiografía se ha preguntado cuál fue la causa que llevó a la creación de un consulado en Barcelona. Según los archivos consultados por Farràs, es muy difícil posicionarse al respecto teniendo en cuenta la documentación, pero afirma que Cataluña representaba un bastión económico y militar que debía quedar bajo el control de la República. Liñán considera que la elección de Barcelona para establecer el consulado se debió a las características propias de Cataluña, que sintetiza en “*mayor fuerza sindical que en otras regiones españolas, sobre todo anarquista, y presencia del Partido Obrero de Unificación Marxista, de tendencia trotskista*”(2003: 54). De igual manera, algo en lo que está de acuerdo toda la historiografía es que Cataluña era un terreno complicado. La elección del cónsul tampoco fue aleatoria. Antonov-Ovseenko era un personaje “notorio”: lideró las fuerzas que asaltaron el Palacio de Invierno, fue director del Departamento Político del Ejército Rojo y representante en Checoslovaquia, Lituania y Polonia entre 1924 y 1934 (Viñas, 2006a). Los objetivos del cónsul son más claros para Kowalsky (2004b): estaba encargado de lidiar con los anarquistas y nacionalistas catalanes. Para Viñas (2006b) su misión no estaba tan clara, considera que el consulado estaba bajo la dependencia de Madrid y su función principal era informar sobre asuntos militares.

En comparación con Rosenberg, Antonov-Ovseenko tuvo una postura menos intervencionista aunque igualmente implicada más allá de lo que correspondía a su puesto (Kowalsky, 2004b). Este intervencionismo, que ha sido achacado por otros autores como una estrategia del estado soviético para inmiscuirse en los asuntos republicanos (Habeck y Radosh, 2001; Payne, 2003), Farràs lo considera más a una actitud del propio cónsul, excediéndose en su cometido, que una estrategia del Kremlin. Si bien preocupaban la influencia anarquista en Cataluña, el NKID rápidamente actuó en contra de las acciones del cónsul teniendo que *“dar marcha atrás en sus aspiraciones y, en particular, en su voluntad de dotar al consulado de una proyección e intervención militar, por pequeña que fuera”* (2012: 184). Por lo que las propias instituciones soviéticas velaban por evitar la injerencia diplomática. La figura de Antonov-Ovseenko para Liñán (2003) tiene mejores tintes que las del viejo trotskista Rosenberg. Rompiendo con la línea de “guerra abierta” con los anarquistas, el autor señala las buenas relaciones que se granjeó entre los anarquistas, aunque en los informes enviados a Moscú sobre la actividad de la CNT-FAI los criticara duramente. Según la documentación recogida por Liñán, el cónsul era invitado a mítines, conferencias, actos no oficiales y oficiales, a los que intentaba evitar acudir, según su correspondencia a Moscú, ya que intentaba pasar desapercibido en la vida pública. Antonov-Ovseenko acabaría sucumbiendo también a las purgas.

La tercera gran ciudad importante, después de Madrid y Barcelona, era Bilbao. Para la mayoría de la historiografía este hecho ha pasado prácticamente desapercibido o bien ha sido testimonial. Liñán (2003) señala que en el Frente Norte había un encargado de negocios conocido por *Tumánov* que se instalará en Bilbao. El autor se apoya en las afirmaciones de Enrique Castro Delgado, primer comandante del Quinto Regimiento, quien afirmó que era el jefe del NKVD en la zona. Viñas (2006b) también señala cierta presencia diplomática soviética en el País Vasco, pero la considera testimonial y la documentación con la que se ha trabajado, por ahora, no ha arrojado datos claves. El trabajo de Mikel Aizpuru (2001) ha resultado más revelador. Según él la presencia soviética fue más importante de lo que se ha afirmado por el resto de la historiografía, aunque pasaron prácticamente desapercibidos por la poca influencia del PCE en Euskadi y la escasa ayuda recibida que no fue tan importante como para el caso de Madrid.

2.2 Los diplomáticos españoles en la URSS

La diplomacia española en 1936 se reforzó con nuevos nombramientos en Bruselas, Londres, Moscú, París y Washington. El país de los soviets, si hasta 1935 no había tenido especial relevancia para España, a partir del verano de 1936 hasta el final de la Guerra Civil se va a convertir en uno de los ejes sobre los que giró la política exterior republicana. Mientras en agosto llegaba a Madrid la legación diplomática soviética, los españoles por esas fechas todavía decidían quién sería el diplomático que debería llevar a cabo tal posición que aparentemente sería clave para la supervivencia republicana (Kowalsky, 2004b; Viñas, 2006b).

El 16 de septiembre de 1936 el gobierno de Largo Caballero establece la creación de una embajada en Moscú y el elegido es el socialista Marcelino Pascual. Su nombramiento ha sido discutido por la historiografía aunque la embajada española en la URSS entre 1936 y 1939 no ha sido muy estudiada por los historiadores, apareciendo testimonialmente en la mayoría de las publicaciones sobre la Guerra Civil. La elección de Pascua, según Viñas (2006b), se debió a que había sido miembro de la Comisión de Asuntos Exteriores de las Cortes y, especialmente, por el hecho de haber sido intérprete entre Rosenberg y Largo Caballero, por lo que era conocedor de las relaciones y negociaciones entre el Gobierno de la República y los soviéticos. Este hecho también lo recoge Marco Igual (2018), pero considera que su elección se debió a la mediación de Negrín ante Largo Caballero. En esta línea Kowalsky (2004b) apunta que su nombramiento estaría relacionado con favorecer al canario en su ascensión al poder ya que este era más proclive a los soviéticos. Lo que sí parece claro era su objetivo: Promover por todos los medios posibles la ayuda. En su marcha a Moscú, se reunió con Álvarez del Vayo, entonces ministro de Estado, que se encontraba en París, para recibir indicaciones sobre su finalidad en Moscú. Según Igual (2018), el ministro le indicó que la prioridad era obtener material militar, especialmente aviones y pilotos.

La llegada del embajador español fue calurosamente recibida por los soviéticos quienes estaban al tanto de lo que ocurría en España y de quienes recibió, en los primeros momentos, un trato cercano por parte de las autoridades (Kowalsky, 2004b). Como otros autores, Viñas (2006b) destaca la importante delegación que esperó su llegada y los recibimientos por parte de importantes personalidades de la cúpula soviética, entre ellos Yezhov, cabeza del Comisariado del Pueblo para los Asuntos

Internos (NKVD). No obstante, Kowalsky señala que pese a la expectación generada, tanto en España como en la URSS, las ilusiones fueron rápidamente frenadas. El poco respaldo prestado por el Ministerio de Exterior chocaba con las necesidades de apoyo soviético por parte de la República.

Las comunicaciones eran escasas y deficientes, solo por correo ordinario o certificado, teniendo que viajar el propio embajador a España cada pocos instantes para las cuestiones de máxima discreción (Kowalsky, 2004b). Con la llegada del oro, el representante español se enteró antes por las autoridades rusas, quienes requirieron su presencia para firmar el acta oficial de recepción, que por el propio Gobierno (Igual, 2018). Además, el cuerpo funcional en la URSS nunca llegó a superar las dos personas mientras en otras legaciones como en París llegaba a las 30 (Kowalsky, 2004b), cuestión señalada también por Igual (2018) a partir de las cartas que enviaba Marcelino Pascua. En ellas solicitaba personal que hablase francés y un agregado comercial, junto con un mecanógrafo, taquígrafo, portero, archivero y material de oficina. A estas peticiones también sumó la creación de consulados en Leningrado, Moscú y Odessa. Para esta última ciudad, importante porque de ella partían buena parte de los barcos con la ayuda militar, Liñán (2003) recoge testimonialmente la existencia de un consulado a cargo de Valeriano Casanueva Picazo, cuestión que también es corroborada por Igual (2018). Al mes de llegar Marcelino Pascua fue enviado Vicente Polo Díez en calidad de agregado comercial adjunto (Igual, 2018). Suplía al embajador cuando estaba fuera y se hizo cargo de la embajada cuando Pascua fue destinado a París hasta la llegada de Manuel Pedroso en 1938. Pese al abandono republicano del embajador, este mantuvo hasta seis reuniones con Stalin, e intentó, lo máximo que pudo, negociar los créditos para financiar el material bélico (Igual, 2018; Kowalsky, 2004b).

El 16 de Julio de 1938 partía de Varsovia Pedroso como encargado de negocios en Moscú. Realmente iba a sustituir a Pascua, aunque no a título de embajador. Esta actitud para Igual (2018) puede ser interpretada de dos maneras: bien el gobierno republicano consideraba a Pedroso como un diplomático de alta talla, y por ello confiaban en plenamente en él, o bien se imitaba la actitud soviética, ya que a la marcha de Rosenberg no se había nombrado un nuevo embajador. Kowalsky (2004b) en cambio profundiza de manera más general en cómo la República manejó la situación. Según él la historiografía se ha dividido en dos hipótesis: la primera defiende que la actitud del

Gobierno con la embajada se debe a los problemas logísticos y de pertrechos que la Guerra generaba, sumado al gran interés de la URSS en ayudar a España, por lo que la embajada era una mera formalidad ya que el trabajo “estaba hecho”. La segunda hipótesis se relaciona con el entorno político, donde las diferencias dentro del gobierno de coalición, especialmente desde el PSOE interesado en frenar la influencia del PCE, impedirían un sincero desarrollo de la embajada en Moscú. Para Kowalsky, tanto España como la Unión Soviética, van a descuidar las relaciones ya que ninguno de los dos países reenvió embajadores. Una estrategia que tiene sentido para el lado soviético, ya que, según el autor, desde el Kremlin se aconsejaba a Stalin que mantuviera un distanciamiento diplomático para evitar granjearse la enemistad de Gran Bretaña y Francia y así dar la sensación de querer apartarse del conflicto. Pero le resulta difícil de explicar ese distanciamiento por parte de la República ya que de esta manera no le permitiría obtener el apoyo de Occidente.

Con la marcha de Pascua, las relaciones del embajador en el cargo con las personalidades soviéticas se enfrían. Según Kowalsky (2004b) los soviéticos poco a poco se cansaron de colaborar, pese a que las fuentes oficiales lo niegan. Este hecho también lo afirma Igual (2018) a partir de la correspondencia de Vicent Polo y Manuel Pedroso.

2.3 El Comité de No Intervención

Cuando la Guerra empezó los republicanos miraron a las dos potencias de Occidente, Francia y Reino Unido. El shock de la Primera Guerra Mundial no había menguado entre estas potencias, por lo que el conflicto hispano se vio como la brisa que podía encender las brazas de un nuevo conflicto. Para Reino Unido la internacionalización del conflicto tenía un aspecto ruso que recordaba a la Revolución de Octubre - hecho que significó la implicación alemana con el bando sublevado - por lo que el gobierno conservador británico empezó a plantear la no intervención en España (Pozharskaya, 2003). En Francia, donde el *Front Populaire* había ganado las elecciones, tampoco tuvieron suerte. En aquel momento, León Blum, presidente del gobierno francés, pensaba que la República ganaría el conflicto, por lo que consideró que firmar el Tratado de No Intervención negaría la ayuda que ya estaba proveyendo Alemania e Italia a Franco (Payne, 2003).

La URSS, según Viñas (2006b) no fue una de las primeras puertas donde tocaron los republicanos. Como ha señalado buena parte de la historiografía, la política exterior soviética se basaba en acercar posturas con las potencias occidentales frente a la amenaza que suponía Italia y Alemania. Las instrucciones cursadas por el Komintern a los partidos comunistas de Francia y Gran Bretaña para que mostraran señas de apoyo a la República, junto con las manifestaciones multitudinarias en Moscú y Leningrado, se trataba, según Viñas, de expresar el apoyo a la República de puertas afuera pero de puertas adentro, en los primeros momentos de la Guerra Civil, la cúspide comunista titubeaba. La URSS se esforzó, en palabras del autor, por implicarse lo más mínimo para evitar una confrontación con las potencias occidentales. La proposición francesa de adherirse a la No Intervención era una posibilidad de consolidar buenas relaciones con Occidente, una oferta que no pudieron rechazar.

Desde el Kremlin se entendía que intervenir a favor de la República provocaría una reacción negativa de Reino Unido. Viñas considera que los soviéticos no aprovecharon la situación republicana para crear soviets y extender la revolución. La posición planteada desde Moscú era situarse bajo la bandera de la defensa de la República, defendiendo el régimen democrático. Según el autor, el apoyo al Frente Popular por parte de los comunistas era una estrategia que podía tranquilizar a las potencias occidentales. Kowalsky (2004b) afirma que la adhesión al tratado contradictoriamente les va a empujar a prestar la ayuda solicitada por el gobierno de Giral. Los soviéticos veían que Francia y Gran Bretaña se mantenían neutrales mientras que las evidencias de intervención y ayuda alemana e italiana se corroboraban. Por lo cual van a dar un paso y firmar un tratado unilateral con la República mientras seguían presionando en el Comité de No Intervención (CNI). Payne (2003) en cambio considera que para Stalin la Guerra le podría permitir “matar dos pájaros de un tiro”: una república controlada por Moscú que le daría privilegio y el empantanamiento de las potencias fascistas que daría más seguridad a los soviéticos, de ahí su intervención en España. El CNI se reúne por primera vez el 9 de septiembre de 1936 en Londres. Compuesto por veintisiete miembros, uno por país firmante, que tras la segunda reunión quedó reducido a un subcomité de nueve miembros: los tres que hacían frontera con España (Francia, R.U y Portugal) y seis países europeos fabricantes de armas (Bélgica, Checoslovaquia, Alemania, Italia, Suecia y la URSS). Howson (2000) hace hincapié que tanto su presidente como el resto del personal administrativo, incluido el secretario, eran todos británicos. El objetivo del Comité era recabar informes sobre el contrabando

de armas, violaciones al pacto y desarrollar medidas que frenaran una intervención extranjera en el conflicto. Pero esto pronto chocó con el verdadero interés del Comité: llegar a un entendimiento con Hitler y Mussolini. Según señala G. Jackson (2010), la comisión consideró de "no convincentes" las evidencias de ayuda ítalo-alemana que los republicanos presentaban pero, curiosamente, sí consideraron convincentes aquellas sobre la ayuda soviética. Esto llevó a que a partir de octubre de 1936, la intervención internacional burlara lo acordado en los pactos. Howson (2000) añade que de haber sido investigadas las evidencias, se hubiese producido un choque con ambos dictadores que los británicos parecían evitar. Pese al poco impacto real, el Comité siguió pues Francia no quería salir por miedo de ofender a Alemania e Italia, y la Unión Soviética porque todavía mantenía las esperanzas de desarrollar una política de seguridad colectiva con Occidente (Jackson, 2010). La actitud de los soviéticos en el CNI fue clara: defender la postura republicana. Según señala Jackson (2010), aunque se mostraron de acuerdo con adherirse al Pacto, nunca ocultaron que la política conveniente sería el apoyo al gobierno que había sido elegido por las urnas y que se enfrentaba a una rebelión militar.

Según Payne (2003), fueron los enviados soviéticos los más activos en el Comité, centrandos sus esfuerzos en denunciar con firmeza la intervención alemana e italiana. Más crítico con el Comité, Kowalsky afirma que, mientras el resto de signatarios "*miraba obcecadamente hacia otro lado*" (2019: 99), Iván Maisky, el representante soviético, defendía sin descanso la República acusando el envío de ayuda por parte de Italia y Alemania a los sublevados. El gobierno soviético, como los organismos que controlaba, interpelaban constantemente a los países firmantes del Pacto para provocar alguna reacción en ellos a favor del Gobierno Republicano, como señala Viñas (2006b), a lo que Payne (2003) también ha añadido que tanto el Komintern y "sus sistemas propagandísticos" no dejaron de apelar a la opinión pública occidental. Los soviéticos también tuvieron que demostrar y resistir las continuas acusaciones de los británicos, alemanes e italianos sobre el envío de armamento. Muchas de las cuales, según señala Howson (2000), no tenían mucho fundamento. La tensión llegó hasta el punto que los delegados soviéticos, Samuel Kagan e Iván Maisky, el 7 de octubre de 1936, advirtieron que si no se hacía nada para frenar la intervención italiana y alemana, el gobierno soviético comenzaría ayudar directamente a la República. Hecho muy citado por la historiografía ya que, antes y después de dicha declaración llegaron cargueros con armamento soviético a los puertos españoles (Kowalsky, 2004a; Howson, 2000; Jackson, 2010; Pozharskaya, 2003).

3.1 La decisión de Stalin y la política de seguridad

Hasta la apertura de los archivos soviéticos en 1990, la historiografía se basó en documentación considerada “poco fiable”: archivos parciales, testimonios de desertores del NKVD, etc. A partir de la última década del siglo XX, con el acceso a nueva documentación, los historiadores han podido reconstruir la historia en temas como “*los debates en el seno de la Comintern, de la correspondencia de Stalin y Voroshilov y de los textos oficiales sobre la organización y el coste de la ayuda militar y su relación con el consabido oro de Moscú*” (Novikova, 2008:10). Moradiellos (2003) señala que la intervención extranjera, ya sean envíos de armas y combatientes o apoyo financiero y diplomático, fue un factor decisivo en el conflicto, tanto en su desarrollo como en el desenlace. A partir de este punto han florecido los desacuerdos sobre incógnitas que han sido consideradas “claves”: quiénes, porqué, cuánto y cómo. Las respuestas han quedado divididas en dos bloques que considera “antagónicos”, entre los pro-republicanos y aquellos que apoyan la alternativa explicativa franquista. La cuestión de la ayuda soviética y el Oro de Moscú han constituido un filón que la historiografía no ha dudado en explotar. Las llamas de este debate, especialmente a partir de la apertura de los archivos soviéticos, no parecen apagarse.

Los republicanos habían tocado todas las puertas de Europa pero ningún abrió (Viñas, 2006b). El pacto de No Intervención prácticamente puso a la República en una situación desesperada. La opción soviética se entreabría pero aceptar esta ayuda era una decisión que según Kowalski (2019), no estaba exenta de riesgo: dar un paso hacia el primer país socialista, podía ser alejarse de Occidente o que los insurgentes ganaran simpatía internacional. Mientras, en la URSS, la decisión de ayudar o no también se discutía en el Politburó. La toma de decisiones por parte de Stalin ha generado cierta controversia, especialmente para explicar por qué no actuó con celeridad sino esperó al mes de septiembre para aprobar la ayuda. Si bien autores como Viñas (2006b) considera que las memorias del personal diplomático soviético son poco fiables, otros autores como Howson (2000) opinan que este material es apto para entender la toma de

decisiones, especialmente las memorias de dos oficiales desertores del NKVD: Alexander Orlov y Walter Krivitsky.

De una forma u otra, el mes de agosto fue clave para el proceso de toma de decisiones. Según Payne (2003) el establecimiento de un embajador soviético en España era parte de esa ayuda que prestó Stalin. Viñas (2006b) considera que la llegada de la legación diplomática soviética servía para recoger de primera mano información que sería útil para el mandatario georgiano. Especialmente señala, aparte de la embajada, la llegada de propagandistas, observadores y expertos militares camuflados, a los que Payne considera agentes secretos soviéticos encargados de hacer triunfar los intereses soviéticos en occidente. Afirmaciones que parecen contrastarse en la documentación recogida por Viñas (2006a), donde se ha hallado un telegrama de un agente del NKVD en España que afirmaba la disposición de los españoles a aceptar ayuda bajo cualquier condición con tal de obtenerla lo antes posible.

La decisión final se toma el 29 de septiembre cuando el Politburó aprobó formalmente el envío de suministros militares a España. La actuación con precaución en los primeros meses del conflicto, según Jackson (2010), se deben a varios factores: las escasas relaciones diplomáticas (la embajada se establece un mes después del inicio de la sublevación), la carencia de intereses económicos o estratégicos en España y las nulas operaciones de la armada rusa en el mediterráneo occidental. No obstante, España era el primer país en el que triunfaba la nueva estrategia del Komintern. Además hace énfasis en la táctica seguida por la URSS en ese momento, negarse a que los comunistas tomaran parte del Gobierno, para hacer temer a las potencias occidentales de la amenaza fascista, que en España había realizado un levantamiento contra un Gobierno democráticamente elegido, y llevarlos a cooperar con los soviéticos. Viñas (2006b) afirma que las vacilaciones de Stalin no se debieron a un temor de antagonizar demasiado con el régimen nazi, su política exterior evolucionó con el tiempo al igual que lo hizo la política nazi, pero, a diferencia de lo afirmado por buena parte de la literatura occidental, las primeras reacciones de la Unión Soviética fueron casi contemporáneas al golpe militar. Howson (2000), más radical, considera que todo es “pura conjetura”, al no poder recuperar los pensamientos del georgiano ni las minutas de las reuniones del Politburó. Pero, apoyándose en las afirmaciones de Ribalkin en *Stalin y España: la ayuda militar soviética a la República*, señala que Stalin decidió el envío de armamento una vez que supo que los republicanos querían enviar el oro a Moscú.

3.2 La Operación X

Antes de poner en marcha el complejo dispositivo de ayuda militar y durante el periodo de “vacilaciones”, en Moscú y en otras ciudades de la URSS se organizaron manifestaciones multitudinarias, que según Viñas (2006b) pretendían expresar el apoyo del pueblo soviético al Gobierno republicano e impulsar una campaña de solidaridad para recaudar fondos con destino al pueblo español a nivel internacional. Estas manifestaciones fueron imitadas en otras ciudades de Europa donde se movilizó a la izquierda. Aunque, en toda la literatura, se ha hecho escasa o nula mención al envío de víveres o ayuda solidaria, a excepción de los niños del norte enviados a la URSS, fue la IC, como señala Liñán (2003), durante las primeras semanas después del golpe, quien capitalizó y unificó la ayuda a España. A posteriori, cuando ya la URSS se había decidido a enviar ayuda, la actividad del Komintern parece estar fuera de la influencia soviética organizando comisiones para la ayuda a España, contra el Acuerdo de No Intervención, para el envío de víveres y ropa, etc. A estas ayudas de tipo no militar, hay que añadir los acuerdos para la compra de gasolina con la Unión Soviética a precios más baratos que los ofrecidos en el mismo período por las compañías petroleras británicas y norteamericanas como han destacado Jackson (2010) y Viñas (2004b).

El 16 de septiembre se puso en marcha la Operación X, bajo el control directo de Stalin hasta las más mínimas decisiones (Howson, 2000). Un programa de ayuda sin precedentes en la URSS, que partió de un desconocimiento absoluto de la sociedad soviética sobre España (Kowalsky, 2019). Al igual que Hitler y Mussolini habían evitado el colapso del golpe, cuando Stalin dio luz verde, evitó el colapso republicano (Viñas, 2006b). El plan pivotaba en un triángulo: Madrid, París y Moscú. Este implicaba a varias personas y organismos que en muchos casos actuaban extraoficialmente. Viñas (2006a) ha señalado la carencia documental sobre los inicios del aprovisionamiento de material desde el lado republicano, la documentación clave ha sido la soviética. Estos manifiestan que el plan fue llevado por el consejo personal de Stalin (Voroshílov, Kaganóvich, Ordzhonikidze) y en comisiones y reuniones compuestas por miembros del Consejo de Comisarios del Pueblo, el Comité Ejecutivo de la Komintern y el NKVD. Por lo que, a tenor del autor, el asunto tenía una considerable importancia para los soviéticos. Pese a esto, Kowalsky (2004a) y Viñas (2006b) consideran que la Operación X contó con innumerables problemas de logística, mal planificada y con deficiencias, a lo que Howson (2000) añade que el envío de

armamento desorganizado y precipitado fue culpa de Stalin, al querer mantener la última palabra.

En cuanto a la aviación y tanques, el mayor proveedor fue la Unión Soviética (Viñas, 2006b). Una primera parte de la ayuda enviada por Stalin fueron los aviones, pues los sublevados, hasta noviembre de 1936, mantenían la superioridad en el aire. Para la venta de los mismos se tuvo que recurrir a países como México que actuaron de intermediarios para evitar las trabas del tratado de No Intervención. La calidad de los mismos según ha señalado Kowalsky (2004a) y Howson (2000) era de la última tecnología del momento, por lo que supuso una ventaja respecto a los nacionales. El material ligero (fusiles, metralletas, granadas, munición, etc.) es dividido por Viñas (2004b) en dos: De nueva factura, que bien podrían ser comprados directamente a la URSS o a otros países mediante intermediarios. De segunda mano derivado del vaciado de arsenales soviéticos o comprados en el mercado negro. Howson (2000), cuyo trabajo ha profundizado aún más en la cuestión armamentística, señala que a parte del material soviético, las armas que obtuvieron los republicanos venían en su mayoría de Europa del Este, especialmente de Polonia. Desde París, el embajador español gestionó la compra de todo este material ligero a través de México, confirmando Viñas (2006b) la buena sintonía entre ambas diplomacias. Por otro lado, señala que desconoce el mecanismo de contrabando realizado por los soviéticos para el aprovisionamiento de material señalado por Howson en Europa central y del este, zonas que escapaban del círculo soviético. Su hipótesis es que agentes soviéticos adquirieron dicho armamento o bien fue el Servicio de Adquisiciones Especiales, con una importante participación del Partido Comunista Francés (PCF). Respecto a esto, el resto de autores no han profundizado.

Basándose en la documentación soviética, Howson (2000) afirma que todas las armas enviadas en 1936, a excepción de las ametralladoras, aviones y tanques, estaban desfasadas y en mal estado, y su procedencia no era de “traficantes de armas sin escrúpulos” sino de los soviéticos. Además, considera falsos los descuentos sobre el armamento que la Unión Soviética aplicó. Afirma que los soviéticos idearon un sistema de cambios de divisa, de rublos a dólares y de dólares a peseta, de forma que así los republicanos acabarían pagando más, además que el Gobierno de la República tuvo que correr el gasto del personal de asesoramiento en España, de todos aquellos afectos a la Operación X así como los aviadores enviados a la URSS para su formación. Para Viñas (2006b) este material obsoleto se debe al vaciado de los arsenales soviéticos, que otros

autores han considerado como un acto desesperado por armar a la República y no una mala praxis de los soviéticos. Kowalsky (2019) al respecto señalar que, pese a que buena parte de la historiografía ha criticado a Stalin por enviar armas obsoletas o cobrar de más a los republicanos, estas son “distracciones tribales” pues, si el armamento ligero podría considerarse en mal estado, no ocurrió igual en el caso de los aviones y los tanques que la URSS envió, que en aquel momento eran los más avanzados disponibles en cualquier parte del mundo.

La ayuda no sólo fue material, también humana. Las Brigadas Internacionales (BI), partieron de un flujo de personas que comenzaron a llegar a España para ayudar a la República. Kowalsky rescata las innumerables peticiones de jóvenes y excombatientes de la Guerra Civil Rusa que solicitaban ir voluntarios a España, mismas solicitudes que el embajador republicano en Moscú mencionaba en sus informes (2004a: 105, citando a AHN-Madrid. Diversos. M. Pascua, lego 2, exp. 13-14. La carta, dirigida a Julián Zugazagoitia, está fechada el 31 de julio de 1937):

“(…) ingenieros cualificados, mecánicos y otras personas se presentan a menudo en la embajada solicitando información sobre cómo obtener la nacionalidad española o el permiso para ir a España para ayudarnos en la guerra y quedarse permanentemente en nuestro país”

No obstante, se desmarca de un posible alistamiento libre y voluntario de soviéticos en la Operación X o en las BI. Igualmente, Viñas (2006b) señala que este flujo de personas hizo que desde el Presídium recomendara estrechar la acción conjunta con el PCF, el PCE y el PSOE además del Komintern articulando campañas de solidaridad. Payne (2003) en cambio señala que fueron organizadas y estuvieron bajo la tutela del Komintern, pues de una reunión de esta salió la idea que partía de un precedente: las *Internatsionalisti* que participaron en la Guerra Civil Rusa. Viñas, manteniendo a un lado lo que considera como la “mitología de la guerra civil bajo la bandera de la solidaridad de la izquierda internacional hacia la causa republicana” (2006b:166), considera que la creación de las BI fueron un escalón más en el proceso de maduración del apoyo soviético. La idea surgió en una reunión del Politburó a 28 de agosto de 1936 sin llegar a nada. Especialmente llegaron de Francia, también de las islas británicas, y en su mayoría de occidente (Payne, 2003). En los datos recogidos por Kowalsky (2004a) hay un gran número de alemanes, polacos e italianos. Y, pese a lo afirmado por

Payne (2003), de que en su mayoría eran comunistas, Kowalsky (2004a) y Viñas (2006b) no lo tienen tan claro, destacando la influencia de trotskistas y socialistas.

El transporte del material bélico en un principio fue hecho por barcos soviéticos pero, después del hundimiento del Komsomol a finales de 1936, se limitaron al transporte de ropa, víveres y otras mercancías no prohibidas por el pacto de No Intervención. Según Howson (2000), esto se debe a que no querían perder más barcos de su flota mercante y por el miedo de provocar un conflicto internacional derivado de una actitud intimidatoria alemana o italiana. En 1937 la ayuda se ve alterada por dos motivos: La presencia de barcos observadores de los signatarios del pacto de No Intervención, cuya presencia sólo limitaba el envío republicano, añadido al control de la zona Atlántica y el golfo de Gibraltar por los nacionales, y por otro lado la invasión de China preocupaba más a Stalin, quien dedicó más esfuerzos (Howson, 2000; Payne, 2003). Las rutas marítimas para llevar material bélico a la España republicana se vieron enormemente disminuidas entonces.

La nueva ruta empezaba en los puertos de Murmansk dando un enorme rodeo hasta Burdeos y de ahí a España. La compañía encargada del transporte fue *France Navigation*. Esta, según Howson (2000), Payne (2003) y Viñas (2006b), fue creada por el PCF y financiada por el Gobierno de la República Española, llegando a tener hasta dieciséis navíos. Una implicación de instituciones no estatales con la República, más allá de la oficialidad republicana. Esta ruta, que sería paralizada más tarde con el cierre temporal de la frontera francesa, limitó en gran medida el aprovisionamiento ya que era un trayecto largo en aguas donde la armada rebelde y sus aliados hacían estragos, mientras, por tierra, la actividad se redujo al pequeño contrabando a través de los pirineos. Los nacionalistas en cambio contaron con el apoyo de Portugal y de un continuo aprovisionamiento sin interrupciones desde julio de 1936 (Jackson, 2010).

Respecto a la valoración de la ayuda, las posiciones varían. Payne (2003) considera que la ayuda militar prestada en los primeros momentos de la guerra superaba a los enviados por Italia y Alemania a los sublevados. Kowalsky (2004a) en cambio afirma que el efecto de la ayuda soviética se redujo por de la ayuda rebelde, a lo que Jackson (2010) y Howson (2000) señalan que ambos bando, estuvieron igualados en relación con los gastos financieros, recibiendo tanto material del extranjero de forma que esto no inclinó el equilibrio militar a ningún lado. No obstante, el primero puntualiza que quizás el flujo de aprovisionamiento dificultó más las operaciones a la República.

3.3 El Oro de Moscú

El posicionamiento sobre la estrategia de enviar el oro a Moscú por parte de Payne parte del principio “revolucionario” que tenía el Gobierno, en sus propias palabras *“Para cualquier Gobierno normal, hacer lo que hizo el Gobierno republicano habría sido una locura, pero para un Estado revolucionario que luchaba por su supervivencia, enviar casi todas sus reservas al baluarte de la revolución mundial era, en cierto modo, lógico”* (2003: 166). Desde su punto de vista, el Gobierno actuó erradamente hasta en los supuestos ideológicos que le confiere, pues conservar el oro le hubiese dado una posición más ventajosa, además, tantas cantidades de material aurífero no eran necesarias para obtener apoyo militar. Sin oro en España, la República quedaba maniatada y sometida a la URSS, en lo que considera como un intento por parte de Negrín, bajo la influencia de los asesores soviéticos, por ganarse a Stalin. Por lo cual, para Payne, la decisión del envío fue de Negrín sin ningún tipo de discusión. Viñas (2006b) en cambio sugiere que parte de la controversia que ha suscitado el famoso Oro de Moscú se debe a los adversarios y contrincantes de Negrín que, tanto durante como después de la caída de la República, hicieron escandalosas y especuladoras afirmaciones presentes en buena parte de la literatura, carentes de una buena base documental.

En la síntesis esbozada por Howson (2000), del debate desarrollado en torno a la cuestión del traslado del Oro, que parte de la versión oficial del franquismo, en la cual Stalin sobornó a los republicanos para que enviaran el oro antes de la llegada del armamento, señala que en las décadas posteriores a 1950, se empezó a configurar la teoría de que fueron los propios republicanos quienes propusieron el traslado de oro. Tesis que apoya el autor, pues señala las crecientes dificultades republicanas para realizar operaciones en Francia. Además los bancos en París, Londres y Nueva York empezaron a negarse a aceptar dinero republicano, sumado a que tampoco podían enviarlo a los veintidós países firmantes del pacto de No Intervención, a excepción de la URSS.

Viñas (2006b) desmiente que la decisión del envío de oro se debió a imposiciones soviéticas. Señala la inexistencia hasta la fecha de documentación, y se apoya en las afirmaciones de Álvarez del Vayo, ignoradas por otros autores. Según estas, cuando los primeros barcos salieron de la URSS, los españoles eran totalmente desconocedores de ello, ni si quiera el propio embajador, Pascua, sabía con detalle sobre la puesta en marcha de la Operación X. Por ello, Viñas y Howson (2000) afirman que,

cuando el Gobierno tomó la decisión de enviar el oro, los barcos con material estaban ya llegando a los puertos españoles. Jackson (2010), por el contrario, considera que la actitud de Stalin para desarrollar la Operación X fue una de los factores que condicionó la decisión, ya que quería garantizar el pago del armamento. Posición que también sostiene Kowalsky al afirmar que el Gobierno “*se vio obligado a enviar a Stalin la reserva de oro almacenada durante siglos en el Banco de España para cubrir su deuda bélica con los rusos*” (2004a: 95).

Pero este no ha sido el único factor destacado por la historiografía: la República había dejado de ser reconocida por los círculos financieros internacionales por lo que, según Jackson (2010), sólo el oro era el activo financiero que podía manejar. A esto último, se añadía la imposibilidad de depositarlo en Francia o en Suiza por si este era congelado o enviado a Franco. A esta tesis también se suman Howson (2000) y Viñas (2006b). Como hemos indicado más arriba, Payne (2003) considera que la actitud de Negrín fue contraproducente -pese a que los republicanos no podían barajar más opciones- quien ni si quiera negoció las condiciones comerciales con los soviéticos. Viñas (2006b) considera estas afirmaciones algo más propias de la retórica que factibles: Cuando las negociaciones se produjeron no podía negociar créditos a largo plazo. Además, los créditos usados fueron a corto plazo, y los soviéticos los únicos que los ofrecieron. Señala además que la República barajo previamente otras opciones, antes de jugarse “la carta soviética”, pero la actitud internacional condicionó el escaso margen operativo de la República. Más tajante afirma: “*Las posibilidades de adquirir grandes cantidades de armamento no existían fuera de la Unión Soviética. El oro era un arma de guerra. Las apremiantes necesidades eran también de guerra.*” (2006b: 273).

La elección de la Unión Soviética como lugar de depósito del oro ha sido una cuestión que ha generado debate dentro de la historiografía. El único que ha señalado a Negrín como persona que tomó la decisión ha sido Viñas (2006b). Este recoge las memorias del político canario, entonces ministro de Hacienda, quien afirmó que la decisión fue única y exclusiva de él. Dicha propuesta cogió por sorpresa a los rusos, a los que se les tuvo que realizar varias consultas antes de que aceptaran. El resto de autores han mantenido que la única evidencia documental es una carta firmada por Caballero para Rosenberg, con el fin de enviar oro a Moscú y desde allí hacer transacciones internacionales. El embajador soviético era un intermediario en las conversaciones entre Madrid y Moscú (Viñas, 2006b). Howson (2000) por el contrario, de acuerdo con lo expuesto por Rybalkin, considera que la rápida disposición con la que

se despachó la solicitud en Moscú hace pensar al autor que la propuesta original la hicieran los soviéticos. No obstante, coincide que en quien comunicó al gobierno soviético dicha decisión fue Largo Caballero, y Negrín quien mandó a trasladar el oro a Cartagena. Pero no hace ninguna referencia a las comunicaciones previas con la embajada soviética y a la implicación del ministro en dicha estrategia.

Según el testimonio de Orlov, uno de los desertores del NKVD y considerado por una parte de la historiografía como jefe del mismo en España, afirma que fue él quien se encargó de llevar todas las operaciones, trasladando el oro y cargándolo a los barcos que lo llevarían a los puertos de Odessa (Howson, 2000). Viñas (2006b) es crítico con este testimonio a diferencia de buena parte de la literatura, cuyas afirmaciones pocas veces han sido refutadas. Pone de manifiesto la poca objetividad de las afirmaciones de un ex agente del NKVD que desertó. El testimonio de Orlov sobre el traslado el oro, según Viñas, mezcla datos ciertos y distorsiones de las que extrajo conclusiones “*que reforzaban el mensaje que deseaba «vender» en Occidente*” (2006b: 265) dando pie a la interpretación de que Stalin robó el oro que ha sido sustentada por una literatura encorsetada en los valores de la guerra fría.

En los años cincuenta, desde el Régimen Franquista, se hizo una campaña para exigir a la URSS la devolución del oro que generó gran controversia entre la historiografía. En la actualidad parece haber cierto consenso entre los historiadores respecto a esta cuestión. En Abril de 1938, los 587 millones de dólares -el valor del oro enviado a Moscú- quedaron más que agotados en la compra de suministros soviéticos. Pese a ello, el gobierno soviético extendió hasta tres líneas de crédito llegando alcanzar cada una de ellas los ciento tres millones de dólares, de forma que el Gobierno Republicano acabó debiendo dinero a la URSS (Kowalsky, 2000a; Howson, 2000; Viñas, 2006b).

Si la historiografía, en las últimas décadas del siglo pasado, ha encontrado un filón documental por explotar en torno a las cuestiones de las relaciones entre España y la Unión Soviética durante la Guerra Civil, el momento previo que hemos denominado como “el Acercamiento” sigue teniendo grandes incógnitas. No obstante, en la revisión hecha sobre la historiografía, podemos entrever la implicación de organismos no estatales como el Komintern y los AUS a la hora de acercar las posturas de ambos países. Si bien, unos autores achacan esto al control directo que el Kremlin hacía sobre este tipo de instituciones, no cabe duda que, por lo menos de manera no oficial, fueron claves para acercar la opinión pública española al país de los soviets, en el caso del primero, y para recabar información y acercar las posturas de la izquierda española en torno a un frente único, en el caso del segundo. Por otro lado hemos podido observar que no fue la Guerra Civil el detonante que empujó a republicanos y soviéticos a trabar relaciones de amistad sino que el proceso fue parte de un largo intento, desde la fundación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas el 30 de diciembre de 1922, de los soviéticos por ganarse el reconocimiento de los estados europeos occidentales que en el caso de España se dilató en el tiempo, pero del que no escatimaron vías (contratos de suministro de petróleo, asociaciones, agentes del komintern, etc.) para entablar relaciones diplomáticas.

Cuando el acercamiento se produjo con la llegada al Gobierno de la República del Frente Popular, los soviéticos no se lanzaron a enviar sus legaciones diplomáticas. La estrategia seguida fue el envío de una avanzadilla de sujetos que no pertenecían oficialmente al régimen, que la historiografía ha convenido señalar como la primera línea de información directa al Kremlin en España. Periodistas como Mijaíl Koltsov o Ilyá Ehrenburg recabaron información sobre la realidad española, transmitiendo sus impresiones y las necesidades de los españoles. Una vez informados en Moscú se dispuso el envío del personal diplomático cuyas implicaciones en la causa republicana han generado disputas dentro de la historiografía, pero sin lugar a dudas fueron una nueva óptica de aumento de los soviéticos para entender el conflicto y realizar un

balance de las necesidades republicanas. En los días posteriores al 17 y 18 de julio de 1936 los republicanos habían comenzado su penitencia tocando en las puertas de Europa. El armamento era una necesidad apremiante para evitar el colapso pero Occidente todavía se recuperaba de las heridas de la Gran Guerra y España podía ser la llama que hiciera saltar la pólvora de nuevo. El Pacto de No Intervención se convirtió en un cortafuegos ideado por los británicos al que se adhirió la Francia frentepopulista de León Blum, maniatado por sus socios de gobierno para que no auxiliara a la República, con la esperanza de que esta frenase también la ayuda sublevada.

La oferta a Moscú para sumarse a la no intervención, según han señalado los autores, puso en una encrucijada a los soviéticos. Por un lado, la política exterior desarrollada a partir de 1935 buscaba una coalición con las potencias occidentales frente a las fascistas Italia y Alemania; por otro, querían mantener su liderazgo dentro del movimiento obrero y las izquierdas, por lo que no podían abandonar a la República. Como señalan los autores consultados, estas dos cuestiones, que en teoría se contraponían, no supusieron ningún problema para la URSS. Mientras en el Comité de No Intervención sus representantes acusaban el envío de armamento por parte de las potencias fascistas, los barcos con cargamento militar soviético llegaban a Cartagena desde Odessa.

La historiografía se ha hecho innumerables preguntas sobre la ayuda militar: Calidad y cantidad, el Oro de Moscú, la sinceridad soviética con el coste... Los posicionamientos varían, pero otras cuestiones como el abandono republicano a la embajada en Moscú, la estrategia diplomática después de 1937 o el progresivo enfriamiento de las relaciones cuando todo parecía indicar el final de la República, han sido cuestiones trabajadas de una manera testimonial. Evidencia que consideramos que no es achacable a una insipiente historia de las relaciones internacionales, sino un enfoque por parte de los historiadores hacia cuestiones más controvertidas en el debate de la internacionalización de la Guerra Civil Española.

Por último, debemos señalar el fuerte impacto del asociacionismo ideológico que tuvo el conflicto con las campañas de ayuda orquestadas por el Komintern, el apoyo en manifestaciones por toda Europa o la llegada de extranjeros a España dispuestos a ayudar a la República. La Guerra Civil y su internacionalización implicó a miles de individuos esparcidos por la geografía de Europa y que aportaron su grano de arena a la causa Republicana.

BIBLIOGRAFÍA

Acha, O. (2014). Transnacional y global: la crítica del concepto de historia ante la emergencia de la historiografía posnacional. *Ayer*, (2), 121-144.

Aizpuru Murua, M. X. (2007). La presencia soviética durante la Guerra Civil en el frente norte (Euskadi, Santander y Asturias): El informe Brusiloff. *Historia Contemporánea*, (35), 709-739.

Crescentino, D. S., y De Lima Grecco, G. (2018). Relaciones Internacionales e Historia Global: Un diálogo posible y necesario. *Relaciones Internacionales* (37), 01 February 2018, Issue 37.

Díaz, C. S. (2014). Sobre la historia internacional y la historia de las relaciones internacionales: dos visiones recientes. *Cuadernos de Historia Contemporánea* (36), 363-371.

Antonio Elorza, “La lógica de Stalin y la Guerra de España”, *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, Publicado el 02 marzo 2015, consultado el 01 julio 2020. URL: <http://journals.openedition.org/ceec/5420>

Farràs, J. P. (2012). Los pasos de la diplomacia soviética para establecer el consulado de la URSS en Barcelona. *Ayer* (86), 169-195.

Fernández, L. R. (1999). Queridos camaradas: la Internacional Comunista y España 1919-1939. *Revista de estudios políticos*, (106), 366-372.

Garrido, M. (2006). *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las Asociaciones de Amistad en el siglo XX* (Tesis doctoral). Universidad de Murcia, Murcia.

Garrido, M. (2009). Las relaciones culturales hispano-soviéticas (1931-1939). *Ayer* (74), 191-217.

Howson, G., y Moreno Carrillo, B. (2000). *Armas para España: La historia no contada de la Guerra Civil española*. Barcelona: Península.

Jackson, G., y Obregón, Enrique de. (1967). *La República española y la Guerra Civil, 1931-1939* (1ª ed. en español.). México: [s.n.].

Juste, A. M. (1996). La historia de las relaciones internacionales en España. *Cuadernos de historia contemporánea* (18), 215-220.

- Kowalsky, D. (2004a). La Unión Soviética y las Brigadas Internacionales. *Ayer* (56), 93-120.
- Kowalsky, D. (2019). Soviet Foreign Policy from the Spanish Civil War to the Molotov-Ribbentrop Pact, 1936–1939. *Dictatorships & Democracies (D&D): Journal of history and culture* (7), 69-96.
- Kowalsky, D., Payne, Stanley G, Lozoya, Teófilo de, y Rabasseda-Gascón, Juan. (2003). *La Unión Soviética y la guerra civil española: Una revisión crítica* (Crítica contrastes). Barcelona: Crítica.
- Liñán, M. V. (2001). La propaganda soviética en la Guerra Civil española: la asociación de amigos de la Unión Soviética. *Eúphoros*, (3), 181-188.
- Liñán, V. M. (2003). *Propaganda y política de la Unión Soviética en la Guerra Civil Española (1936-1939)*. Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense.
- Miguel, M. I. (2018). *La injusticia de un olvido. El mundo de Marcelino Pascua (1897/1977) médico y político*. Madrid: Editorial UNED.
- Miller, N. (2014). Espacios de pensamiento: historia transnacional, historia intelectual y la Ilustración. *Ayer* (94), 97-120.
- Moradiellos, E. (2003). La intervención extranjera en la guerra civil: un ejercicio de crítica historiográfica. *Ayer* (96), 199-232.
- Novikova, O. (2008). Las visiones de España en la Unión Soviética durante la guerra civil española. *Historia del presente* (11), 9-44.
- Payne, S. G. (2003). *La revolución española (1936-1939): un estudio sobre la singularidad de la Guerra Civil*. Madrid: Espasa.
- Pereira, J. C. (1993). España y la URSS en una Europa en transformación. *Cuadernos De Historia Contemporánea* (15), 189-206.
- Pereira, J.C. (2001). *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas* (1ª ed., Ariel Historia). Barcelona: Ariel.
- Peyrou, F., y Martykánová, D. (2014). La historia transnacional. Presentación. *Ayer* (94), 13-22.
- Piemonte, A. (2019). El centralismo verticalista de Victorio Codovilla y la reorganización del Partido Comunista de España en la Segunda República. *Revista de la Red Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea-Segunda Época* (10), 1-17.
- Pozharskaya, S. (2003). Comintern and the Spanish Civil War in Spain. *Eber 38 Revista Internacional de la Guerra Civil (1936-1939)* (1), 47-58.

Viñas, Á. (2006a). La decisión de Stalin de ayudar a la República: un aspecto controvertido en la historiografía de la Guerra Civil. *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales* (16), 65-108.

Viñas, Á. (2006b). *La soledad de la República: El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética* (Crítica contrastes). Barcelona: Crítica.